



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobispo de Michoacán y Obispo Diocesano:

H. Mesa Directiva:

Distinguida Sociedad:

Obreros queridos:

ES en verdad imponente y verdaderamente aterrador el cuadro que presenta un campo de batalla, la lucha fratricida encarnizada conmueve, el fragor del combate enardece la sangre, el humo de la pólvora nubla la vista, la humeante sangre de las víctimas provoca lágrimas, el triste aspecto de los innumerables cadáveres salta el corazón; pero cuando se decide la victoria y tornan fatigados pero cubiertos de gloria los vencedores, llevando sus frentes empapadas de sudor, su rostro tostado y macilento a consecuencia de tanto penar, buscando con ansia el hogar donde les esperan la anciana madre de llorar cansada, la esposa fiel que en medio de su angustia día con día al Cielo elevaba su oración húmeda en llanto, los infelices hijos que extrañaban las dulces caricias del ausente padre, la sociedad entera por cuya felicidad y bienestar expusieron los valientes luchadores su propia existencia, cuando regresan repentinamente esos héroes cubiertos de polvo pero llevando en su frente un nimbo de gloria, ofrecen a nuestra atenta consideración un espectáculo sorprendente, el hogar antes triste se viste de gala, las madres amantes que antes de pena lloraban, hoy lloran de júbilo y contento, estrechando con amor entre sus brazos a los hijos que con y con justicia, pedazos de su propio corazón, las esposas caen de rodillas levantando al cielo sus miradas dándole las gracias por la dicha que acaba de otorgar-

les, devolviéndoles a los esposos, los hijos se lanzan movidos por un impulso soberano, a los brazos de sus padres ofreciéndoles mil besos y caricias y la sociedad entera aplaude con frenético entusiasmo a los gigantes luchadores que con tanto valor y denuedo, despreciando todos los peligros, han defendido sus intereses, velado por su honra y salvado su vida. Entonces un aplauso entusiasta se escucha, mil flores perfumadas deshojan para regar la senda que deben recorrer los valientes.

Pues bien Señores, un combate terrible se ha librado en este combate sin cuartel, guerra sin tregua, lucha atroz, espantosa, en la cual no se exponía la vida material del pobre cuerpo sino algo más, mucho más valioso; era la lucha de corazones, de inteligencias, de costumbres, de creencias, de almas.....estaba en peligro el individuo, la familia, la sociedad, la Patria, la Religión. El ejército enemigo tan cobarde como astuto pretendió abrir fuego en esta guerra infame, difundiendo doctrinas disolventes, despertando ambiciones terribles e indomables pasiones, halagando el oído con frases de relumbrante promesa, haciendo mil y mil promesas irrealizables; pero que no lo pueden engañar a los incautos y ¡oh dolor! se hallaban escogido para las primeras víctimas de este atentado salvaje a los obreros, no de otra suerte que en los combates de batalla son los primeros en recibir las descargas de los enemigos, los pobres soldados rasos, esos héroes desconocidos para quienes no se hicieron los galones ni las charreteras, esos infelices "Juanes" que saben luchar con indómito valor, que saben morir sin miedo y a pesar de tanto heroísmo, apenas les es concedido el sepulcro modestísimo, sin aromas, sin flores y quizás sin lágrimas.

No veo yo Señores la razón de tamaña injusticia. ¿Porqué ha de ser menos digno de admiración el valiente soldado raso exponiéndose el primero a morir a manos del enemigo, que el general cargado de condecoraciones que en su tienda de campaña dirige el movimiento bélico? En éste considero su ciencia y la responsabilidad; pero en aquel admiro su valor y sus heroicos sacrificios. Sí. ¡Honor y gloria a los humildes luchadores

sin galones, sin medallas, sin condecoraciones, pero con un corazón de gigantes.

Llegaron los momentos terribles en que se rompieron las hostilidades, gritos aterradores de "Guerra, guerra." Se oían por todas partes, explosiones como de volcán, rugidos de desencadenados huracanes sembraban el terror por todas partes, y se temía con justicia que los pobres obreros serían las víctimas primeras en este combate sin nombre, las madres presentían que sus hijos serían sus propios verdugos, que arrojarían cieno sobre sus blancas y venerables cabezas, las esposas temían y con razón ver de un momento a otro convertidos a sus queridos esposos, de honrados obreros en miserables fascinerosos, en los labios de los hijos ya parecía que iba a brotar una maldición contra sus padres; pues que no se avergüenzan ser hijos de pobres artesanos; pero sí se llenarían de indignación y rubor al conocerse que eran los hijos de unos miserables criminales, la sociedad empezaba a sentir una inquietud terrible, temiendo que la multitud obrera se llegase a trocarse en una horda de salvajes, dispuesta a todo, al saqueo, al incendio, al rapto, al asesinato.

La Patria nuestra, la encantadora México tomaba ya con mano trémula por el dolor, su tricolor pendón para cubrirse el rostro y no mirar los desmanes de sus indignos hijos, que al apartarse del deber y entregarse a todo género de excesos, no merecen ni el nombre de obreros, ni el de mexicanos, no el primero porque el nombre de obrero lo santificó aquel Supremo Señor, que siendo en la altura del Cielo el Divino y Soberano Artífice, quiso ser en la tierra el pobre obrero el humilde artesano de Nazareth, que ciñendo su divina frente allá en la altura con diadema de oro y pedrería, no aceptó en este triste valle como valioso adorno de su bendita sien el sudor glorioso que provoca el honroso y rudo trabajo del taller. No el segundo porque cualquiera que ambicione llamarse mexicano, debe ser digno, honrado, trabajador, jamás trocar su taller por la revuelta, los instrumentos del trabajo por la tea incendiario, la bomba del dinamitero, el puñal del asesino y la impudencia del prostituido raptor; quie-

nes tienen la desgracia de conducirse así, esos no se llaman mexicanos, esos, esos.....infelices ¿Sabeis como se llaman? pues se llaman.....Cafres.

La Iglesia preparaba sus vestidos de luto y disponía sus ojos para las lágrimas, al considerar a sus amados hijos en peligro de renegar de sus creencias tan consoladoras, y de blasfemar como condenados del Dios que los creó.

Millares de víctimas infortunadas han quedado vencidas en la lucha de corazones, de inteligencias, de costumbres, de creencias, de almas.....pero a este número infeliz, no pertenecen en verdad, los modestos obreros del Círculo Católico y Patriótico de Obreros Querétanos, por el contrario los considero como los gloriosos vencedores en tan tremenda batalla, no han sucumbido, no, miradles con atención, son muy pobres sí; pero llevan sus manos limpias y su frente pura, las madres los contemplan con íntima satisfacción, las esposas con delicada ternura, los hijos con respeto y amor, la sociedad, ¡oh! la sociedad con gratitud, cariño y admiración, la Patria, la amadísima Patria, reserva para ellos las más tiernas caricias y la Iglesia gozándose en sus hijos, fieles hasta la muerte, les bendice a cada momento en el nombre de Dios.

Hace un año Señores, hoy precisamente, que se fundó en esta nobilísima Ciudad de Querétaro el Círculo Católico y Patriótico de Obreros, este ejército de valientes que sin temores a nadie, al aceptar su glorioso lema, gritó muy alto ante la faz del mundo, sorosos luchadores; pero estamos cubiertos con escudos indestructibles que nos aseguran la victoria: nuestro Dios y nuestra Patria y nuestro Trabajo. Por estos grandiosos ideales estamos resueltos a luchar sin descansar hasta morir, y han cumplido hasta ahora su palmarés pues en tanto que en casi toda nuestra amada Patria han dejado sentir los terribles estragos que ha traído consigo la desmoralización de los obreros y son ya incontables los espeluznantes crímenes que por éstos se han cometido, en el Estado de Querétaro se ha conservado la paz y la tranquilidad, y no digan los iluminadores de oficio que es efecto de pueril cobardía

porque mienten, ahí están las páginas gloriosas de nuestra historia que guardan con orgullo los nombres inmortales de un sin número de héroes.

Es imposible, Señores, en los estrechísimos límites de un discurso poder tratar, con la extensión que reclama la importante cuestión obrera, baste decir que la causa obrera es la causa del individuo, de la familia, de la sociedad, de la Patria, de la Religión. Esta gran verdad es de tal suerte evidente que apenas necesitaría demostración, es semejante a los primeros principios de que nos hablan los filósofos.

Empero voy a procurar aunque con la brevedad que me permite el corto tiempo de que puedo disponer, daros aunque sea una ligera idea de la suma importancia que tiene esta cuestión.

Considerad al obrero que seducido por perversas doctrinas, engañado por falsas promesas e impulsado por pasiones desenfadadas, abjura de su fe, reniega de la moral, marchita la hermosa flor de sus consuelos religiosos con el helado soplo del descreimiento, y por fin se resuelve a lanzarse desesperado y loco por la torbida senda que conduce al crimen, se sentirá capaz de todo y le vereis convertido en ladrón, en incendiario, en raptor, en asesino. La falta de moralidad en el obrero, produce necesariamente la ruina de la felicidad individual.

Pero ¿Qué diremos si se le considera con relación a familia? ¡Ah! un obrero así degenerado. ¿Qué bien puede proporcionar a los suyos? Imposible, jamás puede proporcionar lo que él mismo no posee. Si solo lleva en su alma recuerdos de crímenes, que amarguen su miserable existencia, ¿cómo podrá ofrecer dichas a sus padres, a la esposa, a los hijos? ¡Mentira! Infelices padres ¡vergüenza os debe causar el monstruo! ¡Esposas desventuradas, llorad, llorad una profunda amargura; vuestro esposo es una hiena, que no os puede ofrecer otra cosa que desgracias y lágrimas! Hijos desgraciados de un padre sin moral y sin temor de Dios, ¿no os sentireis humillados cuando se diga mira a tu padre, lleva en su frente la mancha inborrable del criminal y en sus manos las manchas de

sangre de sus víctimas? ¿De qué os servirá que os lleven mucho dinero si sabeis que es robado, que ese dinero es maldito? ¿De qué el que tengais pan, mucho pan, si sabeis que está amasado con sangre? Mas os valiera mil ramos de hambre pero con honra.

Veamos ahora al obrero convertido en criminal en sus relaciones con la sociedad en cuyo seno vive. ¿Qué es para toda la sociedad un obrero de esta naturaleza? Una amenaza constante, un peligro continuado. Nada puede considerarse seguro, pues sin reparo alguno, careciendo como carece de vergüenza robará cuanto pueda, mancillará el honor de las esposas, violará los asomos siquiera de pudor a las jóvenes, y si encuentra alguna resistencia para la realización de sus instintos no lo dudeis, lo estamos viendo, lo sabemos todos los días, matará y de esta suerte no estarán en seguridad las riquezas, ni el honor, ni la vida. ¡Qué males tan grandes causa a la sociedad el obrero degenerado!

Y tú, Patria amada, tú que mereces recibir de tus hijos no solo la ofrenda de sus virtudes y de su nobleza sino hasta el holocausto de su vida, ¿qué honor te restará de los obreros viciosos y criminales? ¿Qué gloria darán esos hijos espúreos? ¡Ay madre Patria, qué pudieras borrar con lágrimas, del libro de registro de tus hijos, los nombres ignominiosos de quienes te cubren de vergüenza y baldón y te hacen aparecer antes de las naciones cultas del orbe, no con el ropaje de reina que mereces, sino con los andrajos miserables de una limosnera, no con la corona de oro de la soberana de América, huac sino con la vergonzosa corona de mirto de una mendicetriz. Tales obreros Sres. han sido, son y serán en todo tiempo la deshonra de su patria.

Iglesia Católica, tú que en todo tiempo has tenido hijos, ilustres héroes, por escolta de honor legiones gigantes, tú la excelsa maestra que enseñas doctrinas celestiales, que impones los preceptos más puros, que tienes para los tuyos consuelos inefables, y santas esperanzas, tú que impones el tierno precepto del amor que prohibes el robo, el asesinato, el crimen, que invites a tus hijos vivir en el fango, porque anhelas contemplarlos siempre entre celajes de aurora o entre el

lúcido parpadear de los luceros. ¡Dime como te honran, qué gloria te dan tus infieles hijos, los que llegan por sus vicios a la apostasia de sus creencias? ¡Ah! la Iglesia contestará con amargura. "Esos infelices reniegan de Dios, abjuran de su fe, pisotean los preceptos más puros, incendian, roban, asesinan y sin que nada pueda contenerles, son capaces de regar las calles y las plazas con la sangre de mis sacerdotes, de violar los sagrarios y de profanar sacrílegamente el sagrado depósito que es la mayor riqueza del hombre y la inefable delicia de los ángeles, ellos, los obreros los mismos quizá que dejaron las hueyas brillantes de su genio en los hermosos santuarios y elegantes catedrales, no vacilarán en destruir su propia obra, monumento que debía de ser de gloria para ellos y gozaran convirtiendo todo en un informe montón de ruinas, para tener la salvaje satisfacción de ver crecer allí, donde fuera la morada de Dios, donde acaso ellos mismos elevaron sus primeras inocentes oraciones donde se guardaba el perfume de las plegarias de sus mayores, donde quizá reposan los restos de sus progenitores, la maleza, y que aquellos escombros se conviertan en morada de reptiles y de aves nocturnas.

Tales son los incalculables males que el obrero corrupto puede causar a sí mismo, a la familia, a la sociedad, a la patria y a la Iglesia.

Por eso juzgo que es imperdonable el crimen que cometen los corifeos del error, los apóstoles de la menzura, los corruptores de los indefensos obreros, cuando cometen el horrible crimen de lesa humanidad, de lesa Patria, de lesa Religión, robando cobardemente a los obreros su moral, sus creencias, sus consuelos, despojándoles de toda esperanza y lanzándoles en el tenebroso abismo de la desgracia. ¡Ay sí, ay de aquellos que se venían como amigos y protectores de los obreros para realizar sus planes personales, y son más tarde la causa de su desgracia; porque cometen un crimen horrible, dan a los pobres que son los predilectos de Dios, los niños de las más dulces caricias del Cielo, son las pupilas de los divinos ojos y ¡ay! de aquellos que con mansuetudina sacrílega les causan daño, tendrán como justo casti-

go el anatema de sus infelices víctimas, el justísimo desprecio de toda gente honrada, y el formidable castigo de Dios.

Tal es Sres. el obrero corrompido en su obra de desgracia y ruina, en cambio el obrero católico, el obrero moral asegura su felicidad individual, la dicha de la familia, la tranquilidad de la sociedad, la honra de la Patria y el decoro de la Iglesia.

Aquí tenéis ahora mismo un ejemplo elocuentísimo de esta gran verdad, en los Obreros del Círculo Católico y Patriótico, todos ellos tienen la conciencia tranquila; porque saben que han cumplido con su deber, tienen asegurada su felicidad individual, sus hogares aunque pobres se conservan limpios, la sociedad misma da en la presente fiesta un testimonio que honra y mucho a mis queridos obreros, pues que a pesar de su tremenda pobreza que ha llegado casi a lo increíble han sabido mantener firmes en el cumplimiento de su deber.

Yo Sres. que me glorío de llamarme el fiel amigo de los obreros que he estado muy cerca de ellos siendo depositario de sus íntimos dolores y el confidente de sus profundas tristezas, os aseguro que se han portado en esta lucha con verdadero heroísmo, pues que sus necesidades han sido tales, tan grande su hambre, que yo les he visto buscar con ansia en los montes, frutales y silvestres para llevar como único alimento, a la esposa y a los pequeños hijitos que padecían espantosa miseria. Yo he sabido y os confieso que me ha causado una impresión muy honda, que a fin de poder aumentar un poco más su escasa y miserable ración, mezclan a una cantidad bien pequeña de maíz, otra... ¿Quién lo cree verdadera? ¿Sabéis de qué? de salvado; pero con qué tranquilidad, con qué edificante placer, toman ese mezquillo alimento, suficiente apenas, no para saciarse, sino para no perecer de hambre.

Y en tales y tan críticas circunstancias ¿no será digno de aplauso la conducta de nuestros pobres obreros rechazando aún la idea de aliviar su miseria por unos dios reprobados? Que responda la culta sociedad reunida. ¿Cuántas veces los obreros del Círculo Cató-

lico y Patriótico han asaltado vuestros hogares, han roto vuestras áreas y os han despojado de los bienes que Dios os ha concedido? ¡Jamás, jamás! y no se dirá que esto sea, porque no han tenido necesidad, ya lo he demostrado, sino porque estos Obreros del Círculo Católico y Patriótico son muy pobres, sí, y aceptan con gusto su pobreza; porque esto no deshonor, pero jamás soportarían la vergüenza de que se les llamara "Ladrones."

El hogar, la honra y la vida de todas las personas que forman la sociedad, puede decirse que está en las manos de los tan despreciados obreros y sin embargo ellos son los guardianes fieles de vuestro hogar, los celosos defensores de vuestra honra y los protectores valerosos de vuestra vida; porque hogar, honra, la misma vida están mejor aseguradas con la honradez de los obreros católicos, que con las armas de la policía, pues que los esfuerzos de esta son de todo punto inútiles, cuando la multitud obrera se convierte en horda de indómitos salvajes, que roba, que asalta hogares, que desgarran honras y va sin piedad segando vidas, como lo vemos por desgracia en no pocos lugares de nuestro infortunado País.

La culta sociedad queretana ha comprendido lo que debe a los honrados obreros, que sustenta en su seno, admira su heroísmo, contempla su grandeza, y considerando a los hijos del trabajo como a los gloriosos soldados que se presentan victoriosos, en el tremendo combate que en nuestros días se libra, los aplaude con entusiasmo, les sonríe con suma benevolencia, y en la medida que recorren estos aguerridos luchadores riega sus perfumadas flores del santo amor cristiano.

Oh Patria querida, sí, por desgracia sustentas en tu seno muchos hijos indignos de verse cubiertos con tu hermoso cielo azul, incapaces de hacer por tu amor sacrificio alguno, que te cubren de ignominia y baldón, de quienes debes apartar tus miradas con justo enojo; pero estos no son los obreros queretanos, estos están desechados a darte en todo tiempo el honor y la gloria que mereces, son dignos de cubrirse con tu limpio cielo, reanman con legítimo derecho tu amor y tus caricias y

puesto que por tí se hayan en disposición de hacer los más grandes sacrificios hasta ofrecer en tus aras la vida, bien puedes concederles que sea para ellos gloriosa mortaja, tu hermosísimo pendón tricolor.

Gloriate de tus obreros Católicos, de estos hijos tuyos que no son como muchos, patrioterros, sino verdaderamente Patriotas y que impulsados por un sentimiento grandioso, hoy te ofrecen una diadema fabricada con el oro purísimo de su amor, los brillantes de sus lágrimas y las valiosas perlas de su honrado sudor.

Y la Iglesia Católica ¿qué experimentará en presencia de estos obreros? ¡Ah! esa madre mil veces bendita pone en ellos toda su confianza, sabe que ellos son los valientes defensores de su Fe, que no permitirán sea ultrajada por la impiedad, aunque esta se presente disfrazada de ampuloso y vano sabio o de ridículo y audaz ignorante, de hombre pretencioso con ínfulas de maestro o de mujer atrevida, vergüenza y desdoro de su sexo.

Sabe que sus sagrarios tienen por noble guardia a estos obreros, que sus templos serán ciudades con ardor en el cielo, que sus sacerdotes serán venerados, y los pastores los príncipes de la casa de Israel, con este ejército de valientes, podrán trabajar por la gran causa de Dios.

Tales son Sres. los bienes que los obreros católicos pueden hacer para sí mismos, para la familia, para la ciudad, para la Patria y para la religión, y por tanto la causa obrera debe ser la que absorba todas nuestras energías y ocupe de preferencia nuestra atención.

Ya lo ha recomendado con mucho empeño en sus luminosas y brillantes encíclicas el Pontífice "Lumen in Coelo" el inmortal León XIII, y actualmente el dulce y tierno Pontífice felizmente reinante el gran Pío X no cesa de recomendar que se atienda con solícito cuidado a la clase obrera; porque agrega: "La causa obrera es la causa de Dios, es la causa de la Patria, salvad a los obreros y habreis conseguido salvar la Fe, la Religión, la propia Patria."

No es por tanto de extrañar que en esta nobilísima e eminentemente Católica ciudad de Querétaro, nuestros obreros del Círculo hayan recibido muestras de particular

predilección, de los poderes tanto eclesiástico como civil, del V. Clero secular y regular de todos los caballeros más distinguidos de esta sociedad, orgullo de la Patria Mexicana.

Un año lleva de fundado nuestro Círculo, y nuestro Prelado lo ha colmado de cariño y bendiciones y en estos momentos su corazón se llena de júbilo contemplando a sus queridos hijos los obreros, que forman a no dudarlo su mayor gozo y corona.

Nuestro distinguido Sr. Gobernador que providencialmente rige los destinos de esta entidad federativa, cuantos y cuantos beneficios ha dispensado a nuestros obreros, ya sosteniendo su instrucción, ya cooperando pecuniariamente para aliviar del mejor modo posible su penosa situación y esto, Sres., facilitando grandes sumas de dinero de su peculio personal, principalmente para la fundación del almacén y las loterías que semanalmente se hacen en favor del Círculo. Nuestra gratitud hacia este distinguido protector y cariñoso amigo de los obreros, no debe tener límites y su nombre, su nombre bendito, lo debemos pronunciar con cariño y gratitud y lo debemos tener escrito con letras indestructibles en el corazón.

La honorable Cía. Hidro-Eléctrica Queretana se ha dignado conceder gratuitamente toda la luz para las academias y recreos dominicales. Gracias, mil gracias, por tanto beneficio. Dios nuestro Señor derrame sus bendiciones sobre esta benéfica empresa y que cada día prospere más y más.

El V. Clero tanto regular como secular y la mayor parte de distinguidos caballeros, cuyos nombres se han publicado ya en los boletos semanarios y que próximamente se darán a conocer en listas especiales, han contribuido con los premios de las loterías, premios que han beneficiado, y mucho, a los favorecidos por la suerte.

Dígnense recibir estos apreciables donantes por el pobre conducto mío, la siempre viva de la gratitud del Círculo Católico y Patriótico de Obreros queretanos. He concluido ya Sres. este insignificante trabajo y

31

para el cual muy deveras imploro toda vuestra indulgencia, tan solo permitidme que dirija una palabra al Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, nuestro dignísimo Metropolitaniano quien se ha dignado atender nuestra cariñosa invitación y nos ha trazado con su elocuente palabra impregnada de un celo verdaderamente apostólico una senda de luz que prometemos no abandonar jamás.

No tenemos palabras Ilmo. Sr. para expresar dignamente nuestro reconocimiento hacia Vos, pero sabed que en este suelo queretano que es también el vuestro y que se gloria de contaros en el número de sus más ilustres hijos, teneis muchos corazones que os respetan y aman y con grande entusiasmo prorrumpen en una vigorosa exclamación nacida del fondo del alma "Viva el Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán."

Pastor querido, prelado ilustre de la Diócesis, recibid el homenaje de adhesión respeto y cariño de vuestros hijos, gozad al mirarlos en torno vuestro, aclamándolos con toda la sinceridad de que son capaces y haciéndolos llegar al fondo de vuestro corazón un eco que no puede morir; porque es el eco de un grito de filial amor. "Viva nuestro Ilmo Prelado."

Si por la Religión somos felices si nuestro mayor tesoro es la bendita fe que profesamos, que el mundo entero sepa que no nos da vergüenza llamarnos creyentes y que con toda libertad e inmenso júbilo exclamamos "Viva la Religión."

Amantes del orden, cumpliendo nuestros deberes satisfaciendo noble impulso de nuestro corazón queremos dar un testimonio público de respeto cariño y adhesión a la autoridad legítimamente constituida y por eso decimos con ardor "Viva el Sr. Gobernador."

Desahoguemos por fin los anhelos del alma, demos expansión a nuestro corazón y en un día por nosotros memorable, y cuyo recuerdo durará lo que dure nuestra vida digamos con todo entusiasmo "Vivan los bienhechores del Círculo Católico."


Viva la Sociedad de Querétaro.

Esta tierra que nos vió nacer, esta ciudad que tanto ama nuestra alma y en la cual sabremos defender cuanto tenga de grande y de noble, bien merece una exp

ción de amor. "Viva Querétaro." Patria, patria, tú la señora del mundo de Colón, tú la hermosa y gentil por excelencia, mientras palpiten corazones queretanos, jamás serás esclava ni tributaria de nadie; para que en todo tiempo podamos decir con verdad y rebozando patriótico entusiasmo, Viva nuestra amada Patria. "Viva siempre libre y soberana nuestra adorada México."

He dicho.





Distribución
de Premios

-:1912:-